Presentación

*Aquí no estaré yo, que seré parte del olvido
que es la tenue sustancia de que está hecho
el universo...*

Jorge Luis Borges, “La Recoleta”, en *Atlas*

En un pequeño libro cuyo título abarca al mundo, Borges traza un Atlas personal, el cual atestigua presencias antiguas. Son pequeñas notas de sus recorridos por las ruinas de las que alguna vez fueron grandes y complejas ciudades, por museos que guardan objetos enigmáticos de propósitos ya desconocidos. Cuenta cómo confrontó imágenes de madera o piedra que en un tiempo y en un rincón fueron divinidades, acaso protectoras terribles, cuyos rituales anudaron palabras que hace mucho nadie recuerda. El cuidado que los modernos damos a esas ruinas y el alto valor de los recintos son nuestro insistente conjuro contra el olvido.

En México esa insistencia es una pasión. Y nace del ejercicio no pocas veces obsesivo de los profesionales de los recintos. Uno de ellos, sin duda de los más influyentes por su mirada ecuménica, fue el profesor Miguel Ángel Fernández Villar, quien a lo largo de medio siglo construyó nuestra idea del museo como máquina de pensar al hombre en el mundo. Hoy nos referimos a él con honda tristeza por su fallecimiento, pero también con el largo agradecimiento por sus lecciones de tenacidad, erudición y exactitud, como motores de los recintos como espacios útiles para la vida.

Este número especial de *GACETA DE MUSEOS* conjunta los ensayos de amigos, alumnos y colaboradores del profesor Fernández —el querido Prof. MAF, como le decíamos—, quienes relatamos en pocas páginas más de una aventura museística que corrimos con él. Todos nosotros, cada uno de nosotros, trabajamos en distintas áreas en la creación de exposiciones o renovación de salas de museos, continentes imaginarios poblados de personas con historias propias, en la visualización didáctica de mitos añejos, de héroes que habitaron cosmogonías de todas las latitudes del orbe, pero también de la gente común que fueron los brazos de las civilizaciones; puso ante nuestra mirada las manos anónimas que construyeron ciudades, conquistaron y fueron conquistados, reprodujeron costumbres de culturas extintas lo mismo que los rasgos vivos de nuestros contemporáneos.

Suyos fueron los enormes proyectos de traer a nuestro país los ejemplos de las grandes civilizaciones, de explicar a los dioses prehispánicos, de imaginar los universos de los mayas o de los oaxaqueños de ayer y hoy, de resumir la historia de México a dos siglos de surgir como nación independiente y de concebir al Barroco como lo que fue: un momento de la civilización occidental.

Todos, proyectos que intimidarían a otros espíritus... Creaciones museísticas que no arrastran melancolía, pero sí se muestran cargadas de cálculos geométricos y financieros, de las relaciones entre el espacio arquitectónico y los efectos de las luces sobre las vitrinas, de geometrías y mediciones como la antítesis de la improvisación. Alguna vez lo dijo: no le gustaban las sorpresas en el proceso cuidadoso del montaje.

Para él no hubo realidad tangible o imaginaria que no pudiera abreviarse en un recinto o describirse en un buen libro. Con la misma dedicación ambientó los gabinetes de los coleccionistas —y sus manías en la génesis de las galerías, los museos y el pensamiento científico— que siguió las rutas de los viajeros por el México decimonónico. No rehusó explicar los recursos técnicos y la inventiva humana para hacer vidrio, cristalería o mosaicos, o restaurar el mundo pueblerino de un poeta. El Prof. MAF fue hombre de mirada ecuménica, vale repetirlo; sus recintos y exposiciones se desdoblaron en *arquetipos de la memoria*, para usar la frase de Italo Calvino.

A manera de reconocimiento y gratitud, desfilan los escritos de Alejandra Frausto, Diego Prieto, María Teresa Franco, Sergio Raúl Arroyo, José Enrique Ortiz Lanz, Eduardo Matos Moctezuma, María Estela Eguiarte, Miguel Fernández Félix, María Sabrina Ruiz y quien esto escribe. De tono más íntimo, ése que nos da proporción humana y alma, los escritos de su hija Carla Fernández y de su nieta Alexa.

Este número especial invita a la doble lectura: la de la decena de ensayos en torno a la vida y obra del profesor Miguel Ángel Fernández, y la paralela de las fotografías que atestiguan medio siglo de labor en la fábrica de museos.

Acompañan esta edición, para no perder el tono misceláneo de *GACETA DE MUSEOS*, un par de escritos que forman parte del mismo horizonte, los cuales dibujan la biografía de nuestro museógrafo, como el recabado por Carlos Vázquez Olvera a manera de historia de vida. Vaya pues, este homenaje escrito al hombre que vivió y se desvivió por mostrar la utilidad social de los museos, herramienta que nos acerca al fluir del tiempo, al valor simbólico de las cosas, y a “la más frágil y preciosa facultad humana: la memoria”, como con puntualidad escribió Octavio Paz en *La casa de la presencia. Poesía e historia*, que bien podría ser una figura alegórica de los museos. **GM**

Salvador Rueda